

Introducción a la semana

• El "Tiempo Ordinario" o "Tiempo durante el Año"

Esta denominación que se le da a la parte más extensa del año litúrgico designa una serie de 33 ó 34 semanas (según los años) distribuidas en dos períodos. El primero de ellos, más breve, comienza el lunes que sigue a la fiesta del Bautismo del Señor y termina la víspera del Miércoles de Ceniza. El otro va del lunes que sigue a la solemnidad de Pentecostés hasta el Adviento. Este tiempo no es menos importante que los llamados "Tiempos fuertes" (Adviento-Navidad-Epifanía, por una parte; y Cuaresma-Semana Santa-Tiempo pascual, por otra). En él se va siguiendo fundamentalmente toda la "vida pública" de Jesús, al hilo de los evangelios, sobre todo los de los domingos. Se reparten en tres ciclos (A, B y C), para que podamos recorrer en la misma liturgia la mayor parte de esos textos sagrados y compenetrarnos poco a poco con el misterio de Cristo, que se nos va descubriendo a la luz de sus palabras y de sus obras. Al hacerlo así, de manera gradual, vamos ahondando casi sin darnos cuenta en los múltiples matices del misterio cristiano que compartimos con nuestros hermanos en la fe.

• La primera semana

La primera semana de este tiempo enlaza con el domingo del Bautismo del Señor. Jesús se da a conocer en la escena del Jordán y comienza desde entonces su actividad evangelizadora: anuncia la Buena Noticia, enseña de manera convincente, cura enfermos, se acerca a los pecadores y perdona sus pecados, invita a todos a la conversión; es casi una síntesis completa de su misión entre nosotros.

Junto a este mensaje condensado de la presencia benéfica de Jesús en el mundo (de la que acabamos de celebrar sus comienzos en las fiestas de Navidad), escuchamos también las reflexiones de sus primeros discípulos. En este caso, las del autor de la carta a los Hebreos, que se extenderá a lo largo de cuatro semanas. Empieza declarando a los fieles de procedencia judía que Dios nos ha hablado ahora con un nuevo lenguaje: "por medio del Hijo". Un lenguaje que no es sólo de palabras (porque ese Hijo "ha padecido la muerte para bien de todos"). Y que pide de nosotros una respuesta de fe: "Mantengamos la confesión de la fe... para alcanzar misericordia".

Lun

14

Ene

2013

Evangelio del día

Primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

"Dios nos ha hablado por su Hijo"

Primera lectura

Comienzo de la carta a los Hebreos 1,1-6:

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas.

En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos.

Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues ¿a qué ángel dijo jamás:

«Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy»;

y en otro lugar:

«Yo seré para él un padre,

y él será para mí un hijo?».

Asimismo, cuando introduce en el mundo al primogénito, dice:

«Adórenlo todos los ángeles de Dios».

Salmo de hoy

Sal 96,1.2b.6.7c.9 R/. Adorad a Dios todos sus ángeles.

El Señor reina, la tierra goza,

se alegran las islas innumerables.

Justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los cielos pregonan su justicia,

y todos los pueblos contemplan su gloria.

Adoradlo todos sus ángeles. R/.

Porque tú eres, Señor,
Altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1,14-20

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía:

«Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio».

Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores.

Jesús les dijo:

«Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres».

Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Dios nos ha hablado por su Hijo”

Comenzamos la lectura de la carta a los hebreos cuyo autor, buen conocedor de la Escritura, nos presenta a Cristo como supremo revelador del Padre; la Palabra de Dios que, como proclamamos en el credo: “habló por los profetas” a lo largo de la historia de la Salvación, es Palabra viva, Isaías nos lo recuerda: “Como la lluvia y la nieve descienden de los cielos y no vuelven allá vacías, sin que empapar la tierra, así será mi palabra, la que salga de mi boca” (Is 55,10-11). Esta Palabra viva tiene su plena manifestación en Cristo; Palabra de Dios hecha carne, es la Palabra que está junto a Dios y es Dios, es la imagen del Dios invisible que se ha hecho carne y nos trae a todos la plenitud del mensaje divino. Cuando Felipe dice a Jesús: “Muéstranos al Padre” Jesús le responde: “Felipe, quien me ve a mi ve al Padre, porque el Padre y yo somos una misma cosa”. Por eso, nadie, mejor que él, puede revelarnos la grandeza del Padre de la cual participa. Cristo Centro y culmen de toda la Escritura. San Jerónimo dice: “Quien no conoce la Escritura, no conoce a Cristo”.

La Escritura es Palabra de Dios inspirada y pronunciada por medio de los profetas, Cristo es la Palabra de Dios encarnada para manifestarnos y realizar la salvación de Dios. Cristo es superior a los profetas, superior a todo lo creado incluidos los ángeles que le deben adoración.

“Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios, convertíos y creed la Buena Noticia”

El Papa Benedicto XVI, en su libro Jesús de Nazaret, afirma: “El contenido esencial del Evangelio es el Reino de Dios que está cerca” y exige a los hombres fe y conversión.

El Evangelio no es una simple noticia explicativa, es testimonio vivo de la persona de Cristo, mensaje salvador que debe transformar el mundo, es el Reino de Dios entre nosotros. No es simple palabra, es Palabra viva y eficaz, transformadora, que impulsa a quien la recibe a ser mensajero del Reino.

Jesús sigue llamando como lo hizo en Galilea: “Venid conmigo”, ellos, dejándolo todo, le siguieron, es llamada exigente, requiere respuesta inmediata, como la de los apóstoles.

En este año de la fe, nos pide conversión y fe, para poder proclamar su Reino con la Palabra y con la vida. Hay mucha gente que son cristianos porque recibieron el bautismo, pero no están suficientemente evangelizadas, por eso, el año de la fe va unido a la nueva Evangelización. Vivámoslo con interés. Y proclamemos la palabra.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Mar

15

Ene

2013

Evangelio del día

Primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Jesús enseñaba, no como los letrados, sino con autoridad”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 2,5-12:

Dios no sometió a los ángeles el mundo venidero, del que estamos hablando; de ello dan fe estas palabras:

«¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el ser humano, para que mires por él?

Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, todo lo sometiste bajo sus pies».

En efecto, al someterle todo, nada dejó fuera de su dominio. Pero ahora no vemos todavía que le esté sometido todo.

Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Pues, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos.

Convenía que aquel, para quien y por quien existe todo, llevara muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación.

El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, pues dice:

«Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré».

Salmo de hoy

Sal 8,2a.5.6-7.8-9 R/. Diste a tu Hijo el mando sobre las obras de tus manos.

¡Señor, dueño nuestro,

qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él,

el ser humano, para darle poder? R/.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,

lo coronaste de gloria y dignidad,

le diste el mando sobre las obras de tus manos. R/.

Todo lo sometiste bajo sus pies:

rebaños de ovejas y toros,

y hasta las bestias del campo,

las aves del cielo, los peces del mar,

que trazan sendas por el mar. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1,21-28

En la ciudad de Cafarnaún, el sábado entra Jesús en la sinagoga a enseñar; estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas. Había precisamente en su sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo y se puso a gritar:

«¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios».

Jesús lo increpó:

«¡Cállate y sal de él!».

El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un grito muy fuerte, salió de él. Todos se preguntaron estupefactos:

«¿Qué es esto? Una enseñanza nueva expuesta con autoridad. Incluso manda a los espíritus inmundos y lo obedecen».

Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

Reflexión del Evangelio de hoy

En la Primera Lectura se nos habla de los ángeles, del hombre y de Jesucristo. Jesús es superior a los ángeles; el hombre, poco inferior a ellos.

Pero, el autor insiste en la humanidad de Jesús, que ha llegado a experimentar el dolor y la misma muerte. Así puede ser guía para los hombres a quienes “no se avergüenza de llamarlos hermanos”.

En el Evangelio, Jesús llega a Cafarnaún y comienza y emprende lo que va a ser un día normal en su apretada agenda. Todavía no tiene más que cuatro discípulos, pero actúa como si su grupo estuviera ya formado y cohesionado.

Orar y predicar

En Cafarnaún, Jesús va a la sinagoga porque es sábado –dos instituciones “sagradas” para los judíos- a enseñar, a predicar, a orar. Es cierto que “el sábado ha sido hecho para el hombre, no el hombre para el sábado”; es cierto que “los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”. Pero, Jesús va a la sinagoga, porque el sábado se reunían allí los israelitas piadosos y quiere encontrarse con ellos y que ellos le conozcan y se encuentren con él. Por eso, desde el comienzo de su vida pública Jesús muestra el Reino con palabras llenas de autoridad y con signos de liberación.

Orar y curar

Y, en la sinagoga, en medio de la oración y predicación, Jesús hace cosas, actúa. Muestra el Reino con palabras, con imágenes, con parábolas, y con curaciones y sanaciones de todo tipo. En otras ocasiones, perdonará pecados, dará vista a los ciegos y hará oír a los sordos. Hoy es un hombre con un espíritu inmundo; según el evangelio, “encadenado” por el maligno.

Jesús quiere relacionar lo que dice con lo que hace, predica el Reino y tiene gestos y hechos de liberación. Sus palabras van acompañadas de obras, su coherencia es total. Habla y actúa con autoridad. Y cura al enfermo.

¿Hablamos y actuamos con autoridad?

¿Qué dicen de nosotros cuando hablamos en nuestras sinagogas, en nuestras iglesias? Hablar con autoridad es hacerlo con credibilidad. ¿Somos

creíbles? Es importante saber, conocer, comprender y dominar los temas que tratamos; pero hay algo más importante todavía, ser coherentes entre lo que decimos y lo que vivimos. Jesús hablaba con autoridad porque decía siempre la verdad y porque hablaba desde la vida. No decía cosas aprendidas en los libros, como los escribas y los doctores, sino desde la vida de los hombres y mujeres a quienes había venido a sanar y salvar. Y, finalmente, hablaba con autoridad porque “iba por delante”, hacía y practicaba lo que predicaba y, además, lo hacía con cercanía, con misericordia y compasión. Y, claro, “todos se quedaban asombrados... y su fama se extendía por todas partes”.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Mié

16

Ene

2013

Evangelio del día

Primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Liberó a todos los que pasaban la vida entera como esclavos”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 2,14-18:

Lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos.

Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados.

Salmo de hoy

Sal 104,1-2.3-4.6-7.8-9 R/. El Señor se acuerda de su alianza eternamente

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1,29-39

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés.

La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, e inmediatamente le hablaron de ella. Él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles.

Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar.

Se levantó de madrugada, cuando todavía era muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron en su busca y, al encontrarlo, le dijeron:

«Todo el mundo te busca».

Él les responde:

«Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido».

Así recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Liberó a todos los que pasaban la vida entera como esclavos”

Es verdad, los hombres, los hombres de ciencia, han conseguido prolongar nuestra vida muchos años. Hoy, en los países adelantados, muchas personas llegan a los 80, 90, 100 años. Pero la ciencia humana no puede ir más allá. La muerte sigue siendo una barrera infranqueable. Sólo Jesús, que además de hombre es Dios, puede aniquilar y vencer a la muerte. “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque muera vivirá y vivirá para siempre”. Con ello nos ha librado de ser esclavos de la muerte y de todas las esclavitudes que la muerte trae. Jesús rompe la barrera del “todo se acaba”, del “todo tiene fecha de caducidad”, la barrera de la limitación que acecha a todo lo humano e introduce la era de la plenitud, de la plenitud de todo lo bueno, bello, justo... la plenitud del amor. “Liberó a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos”.

“Curó a muchos enfermos y... recorrió toda Galilea predicando”

En el evangelio de hoy vemos cómo Jesús sigue con su tarea de liberarnos de nuestras esclavitudes. “Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó mucho demonios”. Una de las esclavitudes que sufrimos todas las personas humanas es la enfermedad, un huésped que antes o después nos visita a todos. Los evangelios también nos presentan a muchos poseídos por los demonios, a muchos dominados por el mal. A todos los que se acercan a Jesús, con estas esclavitudes, él los libera.

Las personas humanas, además de estas dos esclavitudes, tenemos las que podemos llamar esclavitudes del alma: nuestras cegueras, nuestros fallos, nuestras dudas, nuestros miedos y temores, nuestras angustias ante todo lo que la vida nos obliga a vivir. Para estas esclavitudes Jesús tiene la medicina de su palabra, de la buena noticia que viene a comunicarnos y que él vivió el primero. No sólo cura enfermos y endemoniados sino que también nos regala su palabra liberadora: “Así recorrió toda Galilea predicando”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Jue Evangelio del día

17

Ene Primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

2013 Hoy celebramos: San Antonio Abad (17 de Enero)

“Sintiendo lástima, lo tocó diciendo: Queda limpio.”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 3,7-14:

Hermanos:

Dice el Espíritu Santo:

«Si escucháis hoy su voz,

no endurezcáis vuestros corazones

como cuando la rebelión,

en el día de la prueba en el desierto,

cuando me pusieron a prueba vuestros padres, y me provocaron,

a pesar de haber visto mis obras

cuarenta años. Por eso me indigné contra aquella generación y dije: Siempre tienen el corazón extraviado; no reconocieron mis caminos,

por eso he jurado en mi cólera

que no entrarán en mi descanso».

¡Atención, hermanos! Que ninguno de vosotros tenga un corazón malo e incrédulo, que lo lleve a desertar del Dios vivo.

Animaos, por el contrario, los unos a los otros, cada día, mientras dure este “hoy”, para que ninguno de vosotros se endurezca, engañado por el pecado.

En efecto, somos partícipes de Cristo si conservamos firme hasta el final la actitud del principio.

Salmo de hoy

Sal 94,6-7.8-9.10-11 R/. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón»

Entrad, postrémonos por tierra,

bendiciendo al Señor, creador nuestro.

Porque él es nuestro Dios,

y nosotros su pueblo,

el rebaño que él guía. R/.

Ojalá escuchéis hoy su voz:

«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masa en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras». R/.

Durante cuarenta años

aquella generación me asqueó, y dije:

«Es un pueblo de corazón extraviado,
que no reconoce mi camino;
por eso he jurado en mi cólera
que no entrarán en mi descanso». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1,40-45

En aquel tiempo, se acerca a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas:

«Si quieres, puedes limpiarme».

Compadecido, extendió la mano y lo tocó diciendo:

«Quiero: queda limpio».

La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio.

Él lo despidió, encargándole severamente:

«No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio».

Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

Reflexión del Evangelio de hoy

Partícipes de Cristo

El salmo 94 da pie a esta llamada a la fidelidad de la carta a los Hebreos. A diferencia de los israelitas que desoyeron la voz de Moisés en su caminar por el desierto, los cristianos hemos de aprender de aquella nefasta escena y optar por escuchar la voz del Señor Jesús. No está descartado que incurramos en el mismo fallo que los caminantes por el desierto, porque la comunidad cristiana también adolece de cansancio y rutina, pero nuestro hoy sigue vigente, la salvación no deja de brindarse a todo buscador del rostro de Dios, y la fuerza de la gracia no deja a nadie desamparado. El Espíritu nos ayuda para superar el cansancio de la fe, para no perder ni frescura ni encanto servicial y testimonial. Así caminaremos hacia nuestra Tierra Prometida, la tierra y el cielo nuevos.

Compasión de Dios

Relato apretado que no subraya aspectos prodigiosos. Son versos centrados en el leproso y lo que dice, a lo que Jesús responde con gesto y verbo compasivos. Compasión y, al tiempo, liberación para un hombre excluido en el que brilla la fuerza de Dios que se advierte en el contacto físico y en las palabras de Jesús. Curación y purificación, formas más que evidentes de superación de una religión que marginaba a los enfermos (impuros) y admitía sólo a los sanos. Jesús no incurre en impureza por tocar a este leproso, antes al contrario, Jesús hace puro y digno a un hombre sobre el que caía todo el peso de una religión estrecha y, en casos como éste, inhumana y no liberadora. El leproso, por su parte, va más allá de la sugerencia que le hace el Maestro para certificar su curación: pregonar su liberación. Fecundo contraste el de esta página: el núcleo del judaísmo es la pureza ritual; para Jesús, el eje de la religión es servir al igual, amar al prójimo.

Antonio abad, el popular San Antón, compartió sus bienes, se retiró al desierto e inició, de manera eremítica, una corriente de espiritualidad y vida monástica muy fecunda para la Iglesia.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

San Antonio Abad

Entre los santos más populares de todos los tiempos está San Antonio o San Antón. Muchas poblaciones celebran con festejos especiales la memoria de San Antón, con bendición de animales domésticos o de compañía, con jornada festiva en el campo –San Antón saca a los viejos del rincón-, y otras celebraciones. Se podría pensar que San Antonio Abad fue un santo más o menos alegre. Sin embargo, la seriedad de su vocación cristiana y la radicalidad de su respuesta queda fuera de duda, a la vista de lo que San Atanasio escribió en Vida de San Antonio:

«Cuando murieron sus padres, Antonio tenía unos dieciocho o veinte años, y quedó él solo con su única hermana, pequeña aún, teniendo que encargarse de la casa y del cuidado de su hermana.

Habían transcurrido apenas seis meses de la muerte de sus padres, cuando un día en que se dirigía, según costumbre, a la iglesia, iba pensando en su interior cómo los apóstoles lo habían dejado todo para seguir al Salvador, y cómo, según narran los Hechos de los Apóstoles, muchos vendían sus posesiones y ponían el precio de la venta a los pies de los apóstoles para que lo repartieran entre los pobres; pensaba también en la magnitud de la esperanza que para éstos estaba reservada en el cielo; imbuido de estos pensamientos, entró en la iglesia, y dio la casualidad de que en aquel momento estaban leyendo aquellas palabras del Señor en el Evangelio:

"Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo- y luego vente conmigo."

Entonces Antonio, como si Dios le hubiese infundido el recuerdo de lo que habían hecho los santos y como si aquellas palabras hubiesen sido leídas especialmente para él, salió en seguida de la iglesia e hizo donación a los aldeanos de las posesiones heredadas de sus padres (tenía trescientas parcelas fértiles y muy hermosas), con el fin de evitar toda inquietud para sí y para su hermana. Vendió también todos sus bienes muebles y repartió entre los pobres la considerable cantidad resultante de esta venta, reservando sólo una pequeña parte para su hermana.

Habiendo vuelto a entrar en la iglesia, oyó aquellas palabras del Señor en el Evangelio:

"No os agobiéis por el mañana."

Saliendo otra vez, dio a los necesitados incluso lo poco que se había reservado, ya que no soportaba que quedase en su poder ni la más mínima cantidad. Encomendó su hermana a unas vírgenes que él sabía eran de confianza y cuidó de que recibiese una conveniente educación; en cuanto a él, a partir de entonces, libre ya de cuidados ajenos, emprendió en frente de su misma casa una vida de ascetismo y de intensa mortificación.

Trabajaba con sus propias manos, ya que conocía aquella afirmación de la Escritura: El que no trabaja que no coma; lo que ganaba con su trabajo lo destinaba parte a su propio sustento, parte a los pobres.

Oraba con mucha frecuencia, ya que había aprendido que es necesario retirarse para ser constantes en orar: en efecto, ponía tanta atención en la lectura, que retenía todo lo que había leído, hasta tal punto que llegó un momento en que su memoria suplía los libros.

Todos los habitantes del lugar, y todos los hombres honrados, cuya compañía frecuentaba, al ver su conducta, lo llamaban amigo de Dios; y todos lo amaban como a un hijo o como a un hermano.» [...]

Maestro de vida espiritual

De su magisterio hay algunas pinceladas en la Vida de San Antonio, de su discípulo San Atanasio. Así nos dice que era frecuente la predicación sobre los novísimos, porque estaba convencido de que meditar sobre la muerte y el destino del hombre da al alma fuerzas para luchar contra el demonio, contra las pasiones desordenadas, contra la impureza: Si viviéramos cada día como si hubiéramos de morir ese mismo día, jamás pecaríamos. Su ejemplo personal y su palabra aconsejaban el ayuno, la oración, la señal de la cruz, la vivencia de la fe. Enseñaba, por propia experiencia, que el demonio tiene miedo a los ayunos, las vigiliass y oraciones de los ascetas... Y decía que la mejor actitud ante las insidias del maligno son, principalmente, el amor encendido a Jesucristo, la paz del corazón, la humildad, el desprecio de las riquezas, el amor a los pobres, la limosna...

La enseñanza de Antonio cautivaba a quienes acudían a él. Y, poco a poco, fueron formándose comunidades que tenían como norma el estilo de vida de Antonio. Tradicionalmente se ha visto en este fenómeno el nacimiento del monacato oriental, hacia el año 305. Pero aquellos cenobitas y eremitas no vivían de espaldas a los sufrimientos de la Iglesia. Cuando en el año 311 el emperador Galerio Valerio Maximino Day inició su cruenta persecución, Antonio y algunos de sus discípulos, que vivían en el desierto sin peligro alguno, se fueron a Alejandría, donde arreciaba la persecución, para alentar a los cristianos en peligro y, si Dios lo quería, morir con ellos. Aunque nadie les puso la mano encima, Antonio, a su vuelta a Pispis, se llevó la gran lección vivida en medio de la persecución: la vida cristiana siempre ha de estar marcada con el signo de la cruz. Y él la abrazó aún con más amor, más entrega y más dureza.

A su ejemplo personal, al don de discernimiento, a los sabios consejos, Dios quiso añadir en la vida de su siervo numerosos y, a veces, espectaculares milagros, con los que garantizaba desde el cielo lo que hacía y decía Antonio en la tierra. Porque es doctrina católica que los milagros sólo Dios puede hacerlos. Y esto lo sabía bien Antonio: Sólo Dios devuelve la salud, decía. Y es Dios quien elige cuándo y a quién. Cuando los beneficiados de su poder taumatúrgico se mostraban agradecidos, replicaba: No es a mí a quien hay que dar las gracias, sino sólo a Dios... El Salvador muestra por doquier su misericordia en favor de los que lo invocan. Curaciones de enfermos, conocimiento de cosas secretas, predicción de acontecimientos futuros o que ocurrían lejos de él, aparición de fuentes de agua en pleno desierto... Todo contribuyó a que su fama se propagara por todo Egipto.

Las gentes, que le habían visto y oído en Alejandría, se hacían lenguas de la santidad y sabiduría de Antonio. Y los visitantes crecían de día en día. El maestro pensó que todo aquello podría hacer tambalear su humildad, base de la vida del espíritu. Por eso, en el año 312 decidió, nuevamente, huir lejos..., en una caravana de beduinos. Cerca del mar Rojo, en el monte Qolzoum, hallaron el lugar apto para quedarse: un oasis, con agua abundante, en el que podían cultivar la tierra. Hasta entonces, la ocupación manual más característica de Antonio y de sus discípulos había sido la

confección de cestos, con cuya venta se procuraban lo necesario para el sustento y para ayudar a los pobres que nunca faltaron en su entorno. Los pobres saben dónde han de pedir.

Allí, cerca del mar Muerto, pasó Antonio el resto de sus días. Cuando sabía que estaba cerca su partida, hizo una última visita a Pispir, donde había dejado tantos discípulos a quienes había que animar a seguir en su vocación contemplativa. En Qolzoum, su última morada, se ha ido transmitiendo de generación en generación la tradición de que Antonio es el fundador del monasterio Deir-el-'Arab. Pero el carisma de Antonio no fue fundar ni gobernar monasterios o comunidades. Lo suyo fue la vida eremítica, el cultivo de la vida de unión con Dios en la más absoluta soledad. En su ermita se encontró plenamente con el Señor el año 356.

Fr. José A. Martínez Puche O.P.

Vie Evangelio del día

18

Ene

2013

Primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: Semana de oración por la unidad de los cristianos (18 de Enero)

“El hijo del hombre tiene poder para poder curar nuestros pecados”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4,1-5.11:

Hermanos:

Temamos, no sea que, estando aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de vosotros crea haber perdido la oportunidad.

También nosotros hemos recibido la buena noticia, igual que ellos; pero el mensaje que oyeron no les sirvió de nada a quienes no se adhirieron por la fe a los que lo habían escuchado.

Así pues, los creyentes entremos en el descanso, de acuerdo con lo dicho:

«He jurado en mi cólera
que no entrarán en mi descanso»,

y eso que sus obras estaban terminadas desde la creación del mundo.

Acerca del día séptimo se dijo:

«Y descansó Dios el día séptimo de todo el trabajo que había hecho».

En nuestro pasaje añade:

«No entrarán en mi descanso».

Empeñémonos, por tanto, en entrar en aquel descanso, para que nadie caiga, imitando aquella desobediencia.

Salmo de hoy

Sal 77,3.4bc.6c-7.8 R/. ¡No olvidéis las acciones de Dios!

Lo que oímos y aprendimos,
lo que nuestros padres nos contaron,
lo contaremos a la futura generación:
las alabanzas del Señor, su poder. R/.

Que surjan y lo cuenten a sus hijos,
para que pongan en Dios su confianza
y no olviden las acciones de Dios,
sino que guarden sus mandamiento. R/.

Para que no imiten a sus padres,
generación rebelde y pertinaz;
generación de corazón inconstante,
de espíritu infiel a Dios. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 2,1-12

Cuando a los pocos días entró Jesús en Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra.

Y vinieron trayéndole un paralítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al paralítico:

«Hijo, tus pecados te son perdonados».

Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros:

«¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo uno, Dios?».

Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo:

«¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados” o decir: “Levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados -dice al paralítico-:

“Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa”».

Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo:

«Nunca hemos visto una cosa igual».

Reflexión del Evangelio de hoy

“El hijo del hombre tiene poder para poder curar nuestros pecados”

Empeñémonos, por tanto, en entrar en aquel descanso, para que nadie caiga en la desobediencia.

Esta lectura nos insiste en el descanso. En ese descanso al que los cristianos estamos llamados, no al de la tierra prometida, sino a un descanso superior, al de la vida con Dios.

La falta de fe ha privado a los antepasados de su entrada en el descanso.

Esta carta a los hebreos nos dice, nos pide que no endurezcamos nuestro corazón por la incredulidad. Para que nuestro corazón sea un corazón de carne y pueda llegar al descanso es muy indispensable tener fe. Entablar una relación íntima, profunda, sincera con Dios.

Jesús nos ofrece ese descanso para nuestra vida.

En el judaísmo el descanso semanal es obligatorio y religioso. Así en ese descanso podemos vivir un encuentro profundo y personal con Dios.

Nuestra vida está hecha de trabajo y descanso, de movimiento y paro. Si trabajamos necesitamos descansar, recuperarnos.

El descanso de Dios no significa aburrimiento puesta al pasivo, o llenos de pereza. No, el descanso de Dios es una felicidad continúa, estable.

Muchas veces vivimos nuestra vida a medias, dejándonos llevar por las agitaciones, el estrés, dejamos pasar momentos preciosos de nuestra vida por no pararnos y ver lo que ocurre a nuestro alrededor. Estamos llamados a aprender de Dios, a ver con sus ojos, a sentir con su corazón, a vivir íntimamente la vida que el cada día nos regala.

Hemos recibido la buena noticia, como los que salieron de Egipto. Pero a ellos no les sirvió de nada oír la Palabra de Dios, no supieron escucharla. No tenía fe.

La palabra de Dios no es como la palabra humana, la palabra de Dios es viva, real, eficaz y salva a quien sabe escuchar, a quien tiene verdadera fe. La fe es estar plenamente a la escucha de Dios, de todo lo que nos dice a través de los acontecimientos de cada día, de las personas con las que se vivimos compartimos y pasan a nuestro alrededor. Desde la paz y el descanso, estando con todo nuestro ser y corazón en Dios.

El Hijo del hombre tiene potestad para perdonar pecados

En este evangelio podemos admirar la fe y amabilidad de aquellos que ayudan al enfermo llevándolos ante Jesús, sin desanimarse. Jesús se alegra de esta fe por eso le cura enseguida y perdona.

Podemos también contemplar dos reacciones, la de unos que se quedan atónitos, asombrados de lo que están viendo, y dan gloria a Dios por la compasión de Jesús hacia el paralítico. Otros sin embargo, los letrados se oponen a la actitud de Jesús. Se escandalizan de que alguien que no es Dios quiera perdonar los pecados. No aceptan la divinidad de Jesús.

Hoy nos podemos preguntar. ¿A quiénes ayudamos nosotros? ¿A quiénes llevamos para que se encuentren con Jesús? ¿Nos desentendemos de los demás, dejando un lado a quien necesita de Jesús, porque pueden ser un problema para nosotros? ¡Y no queremos problemas! Jesús no se para a mirar, a pensar que se le pide, que necesita del perdón, sea un problema para Él. Su cariño y su compasión actuarán sobre la persona sin preguntar más.

Debemos estar llenos de alegría de que Jesús quiera curarnos. El tiene todo el poder para ello. “El hijo del hombre tiene poder para poder curar nuestros pecados”. Esta afirmación tiene hoy su continuidad en el sacramento de la reconciliación, un sacramento al que mirar con alegría. No nos gusta, o nos da vergüenza confesar nuestros pecados, nuestras culpas, nuestros errores. Pero debemos darnos cuenta y sentir el gozo cuando recibimos su perdón y su paz a través de este sacramento. Las palabras que Jesús nos dice a través del sacerdote, llegan más hondo que nuestro pecado, en ese instante en que su Palabra nos dice “Levántate coge tu camilla y echa a andar” ahí nos llega la alegría y Jesús como en el paralítico ve su fe, ve nuestra fe. Jesús se compadece y perdona todas nuestras debilidades.

Ahora comenzamos ya el tiempo ordinario, tenemos que recordar la necesidad el deseo de un encuentro personal sincero con Jesús. También ahora comienza el tiempo de rebajas todas las tiendas poner sus precios a la mitad y en un sinsentido se compran cosas innecesarias. Pero Jesús nos pide, nos invita, nos ofrece lo verdadero y necesario para nuestro descanso. Él no quiere que hagamos rebajas, que nos desanímemos en nuestra necesidad de perdonar. Él nos perdona y nosotros tenemos que aprender a perdonar, a pedir perdón. Hay en ese perdón, en esa paz encontraremos el verdadero Sacramento del Amor.

Desde la paz la felicidad nos hacemos fieles discípulos de Jesús para comunicar, transmitir por encima de todo cansancio, y ayudar a otros a encontrar su Paz su Felicidad y renovar cada día nuestra fe y confianza en él y en los demás.



Semana de oración por la unidad de los cristianos

Introducción

Desde aquellas palabras de Jesús, recogidas en el Evangelio de San Juan e integradas en la llamada «oración sacerdotal», nunca en la Iglesia se ha dejado de orar por la unidad. El texto evangélico dice: «Padre, te ruego por ellos, para que sean uno, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea» (Jn 17, 21). Todas las liturgias antiguas, tanto orientales como occidentales, poseen bellas oraciones que repiten, a su manera, aquella oración del Señor Jesús poco antes de padecer.

Pero cuando las polémicas y enfrentamientos se consumaron y dividieron el cristianismo en Iglesias enfrentadas, la urgencia por la vuelta a la unidad visible se hizo un grito —desgraciadamente no un clamor— y aquella oración de Getsemaní se convirtió en una necesidad sentida por los mejores espíritus de cada una de las comunidades separadas. Existe una larga tradición en las Iglesias cristianas de orar por la unidad. Los textos litúrgicos de las comunidades católicas, ortodoxas, anglicanas y protestantes poseen hermosas plegarias para pedir al Espíritu preservar o devolver —según los casos— la unidad de la Iglesia. Pero además de las expresiones litúrgicas oficiales por la unidad, apareció muy pronto entre los cristianos divididos una orientación marcadamente ecuménica que ponía todo el énfasis en la plegaria por la unidad de las Iglesias divididas —en plural— que, sin menoscabo de la tarea doctrinal, se dio cuenta de que el camino real hacia la plenitud de la unidad pasaba por la convergencia y concordia de corazones en la plegaria común compartida por todos.

Si las Iglesias han tenido bien definidas siempre sus fronteras por ortodoxias y por reglamentaciones jurídicas, los pioneros del ecumenismo encontraron muy pronto legítimos caminos para trascender barreras que parecían infranqueables. La plegaria común aparece así como el pasaporte válido para sentir la unidad al menos en una tensión dialéctica: la oración compartida permite sentirse ya unidos en el Señor de todos, aunque todavía no sea posible la proclamación de pertenencia plena a una comunidad eclesial unida.

El Vaticano II, en el Decreto de Ecumenismo, afirmará solemnemente: «La conversión de corazón y santidad de vida, juntamente con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, han de considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico, y con razón puede llamarse ecumenismo espiritual (UR 8). [...]

¿Todavía es necesaria la semana de oración por la unidad de los cristianos?

Recordamos el esplendor que acompañaba las celebraciones ecuménicas, durante el mes de enero, de aquellas Semanas de Oración por la Unidad y que congregaban a fieles de todas las denominaciones cristianas. Templos abarrotados, cambio de predicadores: el pastor protestante predicando en la parroquia católica, el párroco católico actuando en el templo evangélico. Gentes entusiasmadas. Eran los años inmediatos al Concilio. Cuando «lo ecuménico», al menos para muchos católicos, era una feliz novedad y un descubrimiento sorprendente.

Habían pasado aquellos primeros tiempos, tiempos audaces, en que el «Centro Unidad Cristiana» de Lyon había comenzado a preparar el tema para la Semana en colaboración con la Comisión «Fe y Constitución», del Consejo Ecuménico de las Iglesias (Ginebra). Colaboración estrecha que se remonta a 1958. Después, el Vaticano II corroboraría totalmente tales iniciativas llamando a la oración «alma del movimiento ecuménico» (UR 8) y el Secretariado para la Unidad —hoy Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos— comenzaba a trabajar conjuntamente con «Fe y Constitución» (1968) a la hora de preparar no ya sólo los temas, sino los textos de la Semana de cada año.

La Semana ha contado con predicadores insignes. Incluso cuando todavía no había adquirido la tradición que más tarde tomaría, hombres como el dominico Yves Congar desarrollaron en los años treinta una intensa actividad en el terreno del ecumenismo espiritual —predicando en numerosas ciudades francesas durante la Semana—, aunando la espiritualidad y la doctrina teológica del ecumenismo. ¿Qué ha pasado hoy cuando la Semana de Oración parece que ha perdido el interés que despertara en decenios anteriores?

La pregunta debería hacer pensar sobre lo que es y no es esa Semana en la que tantas esperanzas se han puesto. No es, ciertamente, una devoción más: No trata de temas accidentales sobre los que discrepar o pasar de ellos. Es, por el contrario, un tiempo fuerte —no un tiempo litúrgico— en el que aspectos fundamentales de la Iglesia se ponen delante del Señor para que se realice visiblemente lo que él pidió al Padre con tanta insistencia en la oración sacerdotal. La Semana de Oración es el momento en el que la obediencia que las Iglesias deben a Cristo respecto a ser uno «para que el mundo crea» se hace plegaria humilde y esperanzada. La espiritualidad de la Semana hace que la tarea (lo que los cristianos y sus Iglesias deben trabajar en orden a la restauración de la unidad) se ponga bajo la perspectiva del don (sabiendo que la unidad finalmente es más don divino que realización humana).

Se sabe que la cuestión ecuménica, suscitada por la división de los cristianos en cuanto desobediencia a la voluntad de Cristo, puede ser considerada además como problema y como misterio. El problema exige siempre la investigación, el análisis arduo, el método correcto, el planteamiento acertado. En esa tarea radica lo que se ha dado en llamar el ecumenismo doctrinal. Los grupos mixtos de diálogo teológico de las diferentes Iglesias llevan ya un largo trecho recorrido, muy arduo, pero lleno de esperanzas y con resultados tangibles como es, por ejemplo, la Declaración Conjunta Luterano-Católica sobre la Doctrina de la Justificación por la Fe (octubre 1999). Los responsables directos del problema ecuménico, considerado como lo hemos planteado, son, en general, los jerarcas y los teólogos de las Iglesias. En cambio, el misterio de la desunión cristiana invita sobre todo a la comunión, a la entrada en él por medio de la actitud de apertura confiada para dejarse impregnar por quien nos trasciende a todos. Y en este terreno, en el del misterio, los responsables son todos los cristianos, todo el pueblo de Dios, que intuye que por medios humanos la unidad parece inalcanzable. Por eso se abre a la plegaria y se deja llevar por el Espíritu que sopla donde quiere y dirige a todos hacia donde quiere. [...]

Estructura de la semana de oración

En realidad la Semana de Oración ofrece muchas posibilidades de celebración. La rigidez estaría reñida con el espíritu que se desea vivir en esos ocho días. Los textos bíblicos, los esquemas celebrativos, los cantos, las liturgias, etc., preparados con antelación por un equipo mixto, nombrado por

el Consejo Ecuménico de las Iglesias y por el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, alcanzan su razón de ser cuando llegan a celebrarse a niveles locales, ya sean parroquiales, en comunidades religiosas, o en reuniones menos formales, pero donde varios cristianos han decidido celebrarla. Su celebración, normalmente en hora vespertina y siempre que sea posible de manera interconfesional, adquiere especial relieve y significatividad cuando existe intercambio de predicadores. Pero de cualquier manera pueden y deben celebrarse durante los ocho días también en lugares donde, por diferentes razones, no hay contexto interconfesional, como son las comunidades contemplativas, las parroquias en cuya demarcación no hay centros de otras confesiones, ciertos colegios privados... Los esquemas preparados por los equipos mixtos suelen tener un sentido bíblico no solamente en sus textos, sino también en las plegarias, en los cantos y en las oraciones. La predicación suele unir la intención propia del tema global con las lecturas bíblicas proclamadas, y con frecuencia las colectas recogidas se destinan a proyectos ecuménicos locales, o bien a paliar necesidades básicas de los más pobres.

En la Iglesia católica, los días de la Semana son muy propicios para que se celebre, cuando la reglamentación litúrgica lo permite, la misa votiva por la unidad. Y a veces se recomienda que se tengan, en el arco de los días que van del 18 al 25 de enero, además de los servicios de oración que constituyen el núcleo de la Semana, algunos actos de tipo académico -conferencias, exposiciones bíblicas o ecuménicas, etc.- que fomenten el deseo de unidad visible de todos los cristianos.

Es bien sabido que cada año, desde 1968, las Semanas de la Unidad tienen un «tema -siempre un versículo bíblico- y unos esquemas elaborados en colaboración entre la Comisión «Fe y Constitución», del «Consejo Ecuménico de las Iglesias» y el «Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos», cuyas reuniones preparatorias tienen lugar en distintas ciudades del mundo.

Fr. Juan Bosch O.P.

«**Nos mostraron una humanidad poco común**» (Cf. Hch 28, 2), es el lema de la **Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos**, que se celebra **del 18 al 25 de enero de 2020**

Puede encontrar los materiales en la página de la [Conferencia Episcopal Española](#)

Sáb

19
Ene

2013

Evangelio del día

Primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“¿Es que come y bebe con publicanos y pecadores?”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4,12-16:

Hermanos:

La palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón.

Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Así pues, ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe.

No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado.

Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno.

Salmo de hoy

Sal 18.8.9.10.15 R/. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye a los ignorantes. R/.

Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. R/.

El temor del Señor es puro
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. R/.

Que te agraden las palabras de mi boca,
y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón,
Señor, Roca mía, Redentor mío. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 2,13-17

En aquel tiempo, Jesús salió de nuevo a la orilla del mar; toda la gente acudía a él y les enseñaba.

Al pasar vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dice:

«Sígueme».

Se levantó y lo siguió.

Sucedió que, mientras estaba él sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores se sentaban con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos los que lo seguían.

Los escribas de los fariseos, al ver que comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos:

«¿Por qué come con publicanos y pecadores?»

Jesús lo oyó y les dijo:

«No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores».

Reflexión del Evangelio de hoy

No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas

El mensaje que nos transmite hoy la liturgia de la palabra, nos sitúa en el ámbito de la pureza y los sacrificios rituales. La comunidad judía primitiva necesita discernir la fe en sus tradiciones y su comportamiento moral. Jesús ha alterado el sentido del culto antiguo y ahora todo cobra un nuevo significado. Ya no son necesarios nuevos sacrificios u ofrendas sacrificiales, ni siquiera el Templo se hace necesario, porque el verdadero sacrificio de sangre y la oblación perfecta ha sido ofrecida en el Hijo encarnado, que de nuevo ha reconciliado al hombre con Dios, a la creatura con el Creador. La humanidad se reencuentra con su Creador, a través de la Palabra de Dios, su Hijo. Jesús es el Sacerdote, el Mediador definitivo, que nos ha reconciliado con Dios Padre. Por Él, "justificados por su sangre", como reiteradamente habla S. Pablo, hemos sido santificados y hemos recibido su Espíritu. Un espíritu que nos hace también a nosotros, Hijos de Dios, herederos de su Reino. En el Hijo, recibimos esa filiación que nos purifica, que renueva nuestra alma y santifica nuestro espíritu. "Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado" (Jn.15, 3). La fe en Jesús, en su palabra, nos acerca a Dios, nos limpia, nos pone ante el Padre, que conoce nuestras entrañas, hasta lo más profundo de nuestro ser. La fe limpia nuestro corazón y posibilita acercarnos al Dios que sale a nuestro encuentro, que nos da su gracia. La Palabra penetra nuestro interior, transforma nuestro pensamiento y nuestra voluntad, para ponernos en presencia de Dios. Por eso nuestros actos habrán de ser siempre buenos, actos de justicia, de verdad y amor.

¿Es que come y bebe con publicanos y pecadores?

También nuestras flaquezas y debilidades cobran un nuevo sesgo. Dios conoce nuestras flaquezas, "se acuerda que somos de barro". Nuestro Mediador, "probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado", ofrece la salud a los que están enfermos, el perdón a los que acuden a él con corazón arrepentido. Dios se acerca a nosotros, no como Juez justiciero, sino como nuestro Salvador. Y se acerca a todos los hombres y mujeres sin distinción, publicanos, pecadores, samaritanos, gentiles... La salvación es universal, para todo hombre de buena voluntad.

El mandamiento nuevo del amor se inscribe en este entorno de gracia. Por la fe en este Dios encarnado, la creación retorna a su Creador, y el hombre se encuentra capaz de Dios, abierto a su gracia. En el sacerdocio de Jesús, el lugar de la pureza ritual no son ya los mandamientos o la moralidad, sino el don del encuentro con Dios en Jesucristo. De ahí, que firmes en la fe que profesamos, confiamos alcanzar misericordia, y somos misericordiosos en la gracia de haber sido salvados por el amor de Dios en Cristo Jesús.

Abiertos a la Palabra que abre nuestro corazón para que surjan de nosotros obras de misericordia y amor. Ser cristiano es ante todo un don, que luego se desarrolla en la dinámica del vivir y exige poner en práctica y regalar ese don. Que nos pide transmitir y testimoniar la Palabra encarnada en nosotros para inundar y reconciliar toda la Creación en el nuevo Reino de Dios. Que es capaz de recoger a todos los marginales, enfermos, pobres y desheredados de este mundo para transmitirles un mensaje de esperanza, de salud, en el sentido literal de la palabra, y de salvación.



D. Oscar Salazar, O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

El día **20 de Enero de 2013** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).